

MAESE ZACARIAS

UN DRAMA EN LOS AIRES

OBRAS ESCRITAS EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

TRADUCIDAS AL ESPAÑOL POR

DON VICENTE GUIMERA

TERCERA EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS



AGUSTIN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
MADRID.—1888

COCINA MODERNA

TRATADO COMPLETÍSIMO

DE

COCINA, PASTELERIA, REPOSTERIA Y BOTILLERIA

CONTIENE GRAN NÚMERO DE RECETAS

DE EJECUCIÓN FÁCIL Y SEGURA, SEGÚN LA PRÁCTICA DE LOS MÁS AFAMADOS COCINEROS
ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

COMPRENDIENDO TODOS LOS ÚTILES DE COCINA

EL SERVICIO COMPLETO DE LA MESA

Y ARTE DE TRINCHAR, EL MÉTODO MEJOR PARA ELABORAR EXCELENTES PASTELES,

HELADOS, LICORES,

Y TODO CUANTO SE REFIERE Á LA PEQUEÑA Y Á LA GRANDE

COCINA ESPAÑOLA, EXTRANJERA Y AMERICANA

Ilustrado con más de 100 grabados intercalados en el texto.

9.^a EDICIÓN

Forma un tomo en 4.º de 500 páginas, y se vende en Madrid en todas las librerías
3 pesetas.

Los señores libreros obtendrán rebajas de consideración en esta importantísima obra dirigiéndose á su editor, D. AGUSTÍN JUBERA, CALLE DE CAMPOMANES, NÚM. 10, EN MADRID

JULIO VERNE



MAESE ZACARIAS

MAESE ZACARIAS

UN DRAMA EN LOS AIRES

OBRAS ESCRITAS EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

TRADUCIDAS AL ESPAÑOL POR

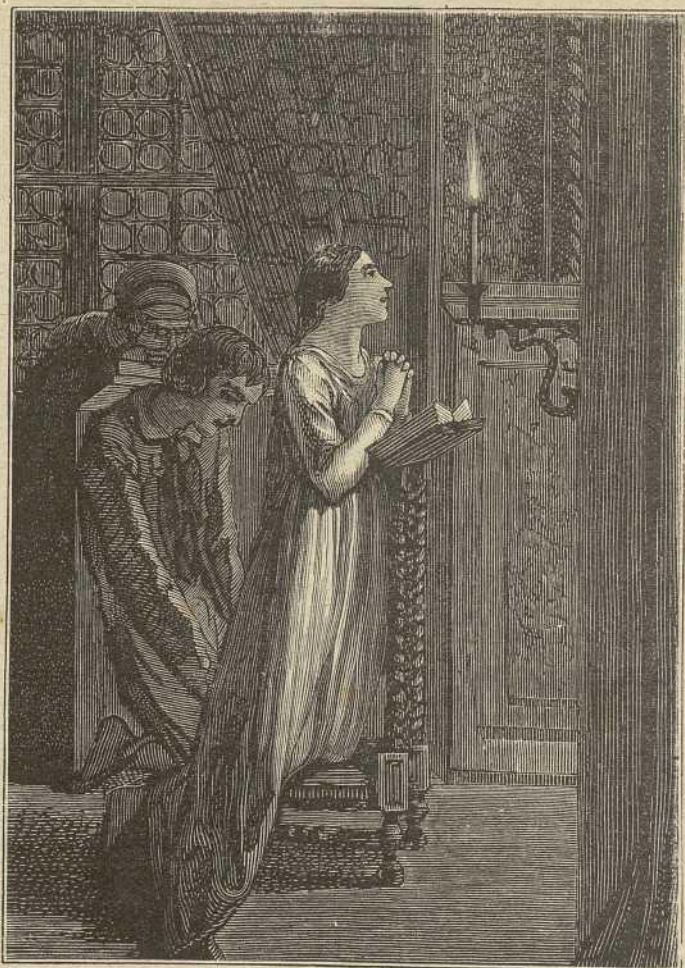
DON VICENTE GUIMERA

TERCERA EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS



MADRID
AGUSTÍN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1888

Es propiedad del Editor.



MAESE ZACARIAS.

I.

UNA NOCHE DE INVIERNO.

La ciudad de Ginebra está situada en la punta occidental del lago al cual ha dado ó debe su nombre. El Ródano que atraviesa al salir del lago, la divide en dos barrios distintos, estando el mismo río separado en el centro de la población por una isla formada entre sus dos orillas. Esta disposición topográfica se reproduce frecuentemente en los grandes centros del comercio y de la industria. Sin duda los primeros habitantes fueron seducidos por la facilidad del transporte que les ofrecía el curso rápido de los ríos, esos caminos que andan solos, según la expresión de Pascal. Con el Ródano son caminos que corren.

En los tiempos en que todavía no existían construcciones nuevas y regulares en esa isla anclada como una goleta holandesa en medio del río, la maravillosa agrupación de casas amontonadas unas sobre otras ofrecía a la vista una confusión llena de encantos. La poca estensión de la isla había obligado á algunas de esas construcciones á sobresalir sostenidas en estacas hincadas en las rudas corrientes del Ródano. Esos gruesos maderos ennegrecidos por el tiempo, gastados por las aguas, se parecían á las patas de un inmenso cangrejo y producían un efecto fantástico. Algunas redes amarillentas, verdaderas telas de araña tendidas en el seno de esa sustancia secular, se agitaban en la sombra como si fueran el follaje de unas antiguas selvas de robles, y el río penetrando en medio de ese bosque de estacas, fermentaba con lúgubres mugidos.

Una de las habitaciones de la isla llamaba la atención por su carácter de estraña vetustez. Era la casa

del viejo relojero maese Zacarías, de su hija Geranda, de Auberto Thun, su aprendiz, y de suanciana criada Escolástica.

¡Qué hombre tan singular era aquel Zacarías! Su edad parecía indescifrable. Ninguno de los mas ancianos de Ginebra podia decir cuánto tiempo hacia que su cabeza flaca y puntiaguda vacilaba sobre sus hombros, ni qué día por la vez primera se le vió andar por las calles de la ciudad, dejando ondular á todos los vientos su larga cabellera blanca. Aquel hombre no vivia, sino que oscilaba á guisa de los volantes de los relojes. Su rostro enjuto y cadavérico que afectaba matices sombríos, habia tirado al negro como los cuadros de Leonardo de Vinci.

Geranda habitaba el mas hermoso cuarto de la vieja casa, de donde por una ventana estrecha iba su mirada á fijarse melancólicamente sobre las nevadas cimas del Jura; pero el cuarto de dormir y el taller del viejo ocupaban una especie de cueva situada casi al nivel del rio, y cuyo piso descansaba sobre las mismas éstacas. Desde tiempo inmemorial, maese Zacarías no salia de allí sino á la hora de comer y cuando iba á arreglar los relojes por la ciudad. Pasaba el resto del tiempo delante de un banco cubierto de numerosos instrumentos de relojería, casi todos inventados por él.

Porque era hombre muy entendido, siendo sus obras muy apreciadas en toda la Francia y Alemania. Los mas industriuosos operarios de Ginebra reconocian cumplidamente su superioridad, y era una honra de la ciudad, que lo enseñaba diciendo:

—A él corresponde la gloria de haber inventado el escape.

En efecto, de esta invencion que los trabajos de Zacarías harán comprender mas tarde, data el nacimiento de la verdadera relojería.

Cada dia, Zacarías despues de haber, trabajado mucho y muy bien, ponía lentamente las herramientas en su sitio, cubria con fanalitos las piezas finas que acababa de ajustar, y devolvía el reposo á la rueda activa de su torno, despues levantaba una trampilla practicada en el suelo de su taller, y allí inclinádose horas enteras, mientras que el Ródano se precipitaba con estrépito á su vista, se embriagaba con sus vapores brumosos.

Una noche de invierno, la vieja Escolástica sirvió la cena, en la cual, segun las antiguas costumbres, tomaba parte con el jóven obrero. Maese Zacarías no comió, y eso que le ofrecian manjares cuidadosamente aderezados en una hermosa vajilla azul y blanca. Apenas respondió á las tiernas palabras de Geranda, á quien preocupaba visiblemente la taciturnidad sombría de su padre, y la charla de Escolástica no impresionó su oído mas que los murmullos del rio, de los cuales no hacia caso. Despues de tan silenciosa comida, el viejo relojero se levantó de la mesa sin abrazar á su hija ni hacer la acostumbrada despedida. Desapareció por la estrecha puerta que conducía á su cuarto y bajó con lentos pasos; la escalera rechinó con pesados gemidos.

Geranda, Auberto y Escolástica permanecieron algunos instantes sin hablar. Aquella noche el tiempo era sombrío, las nubes se arrastraban pesadas á lo largo de los Alpes y amagaban deshacerse en lluvia; la severa temperatura de la Suiza llenaba el alma de tristeza, mientras que los vientos del Mediodía rodaban en los alrededores despidiendo siniestros silbidos.

—¿Sabeis, mi querida señorita—dijo por fin Escolástica—que nuestro amo está muy ensimismado hace algunos dias? ¡Virgen santísima! Comprendo que no haya tenido hambre, pues las palabras se le han quedado en el vientre, y bien diestro seria el diablo que le sacase alguna.

—Mi padre tiene algun oculto motivo de pesadum-

bre que no sospecho siquiera—respondió Geranda, mientras que una dolorosa inquietud se imprimía en su semblante.

—Señorita, no permitais que tanta tristeza invada vuestro corazón. Ya conocéis los singulares hábitos de maese Zacarías. ¿Quién puede leer en su frente sus secretos pensamientos? Ha tenido algun disgusto, pero mañana no se acordará, y estará pesoso de haber causado pesadumbre á su hija.

Era Auberto quien hablaba de ese modo fijando su vista en los hermosos ojos de Geranda. Auberto, el único operario á quien habia admitido Zacarías en la intimidad de sus trabajos, porque apreciaba su inteligencia, discrecion y suma bondad de alma, Auberto se habia aficionado á Geranda con esa fe misteriosa que preside á las adhesiones heroicas.

Geranda contaba diez y ocho años. El óvalo de su semblante recordaba el de las candorosas madonas que la veneracion suspende todavia en la esquina de las calles de las viejas ciudades de Bretaña. Sus ojos respiraban una ingenuidad infinita. Se le amaba como á la suave realizacion del sueño de un poeta. Sus vestidos ofrecian colores poco visibles, y la ropa blanca que se plegaba sobre sus hombros ofrecia ese matiz y ese olor particular de las vestiduras de Iglesia. Vivía con existencia mística en aquella ciudad de Ginebra que todavia no se habia entregado á la sequedad del calvinismo. Así es que por tarde y mañana leía sus oraciones latinas en un breviario con cierre de hierro.

Geranda habia comprendido el sentimiento, oculto en el corazón del jóven Auberto, y sabia cuán profunda era la adhesión que el jóven obrero le profesaba. En efecto, para él, se condensaba el mundo entero en la vieja casa del relojero y todo su tiempo se pasaba cerca de la jóven cuando una vez terminado el trabajo abandonaba el taller de su padre.

La vieja Escolástica lo veía todo, pero no decia nada. Su locuacidad se ejercitaba perfectamente sobre las desgracias de su tiempo y las pequeñas miserias de los quehaceres domésticos. Nadie trataba de contrariarla, sucediendo con ella lo que con esas tabaqueras de música que se fabricaban en Ginebra, y que una vez montadas tenían que romperse para que dejaran de tocar todas las sonatas que contenían.

Al ver á Geranda sumida en doloroso silencio, Escolástica abandonó su vieja silla de madera, fijó un cirio en un candelero, lo encendió y colocó cerca de una pequeña Virgen de cera abrigada en su nicho de piedra. Era costumbre arrodlarse delante de la madona protectora del hogar doméstico, pidiéndole que extendiera su benéfica gracia sobre la noche próxima; pero en aquella ocasión Geranda permanecía taciturna en su puesto.

—Y bien, mi querida señorita—dijo Escolástica con asombro,—ya hemos cenado y es la hora de la despedida. ¿Queréis fatigaros la vista en vigiliass prolongadas? ¡Ah Virgen santísima! ¡Este es el caso de dormir y de hallar algo de alegría en bonitos ensueños! ¿En esta época maldita en que vivimos, quién puede prometerse un dia feliz?

—¿No será preciso enviar á buscar á algun médico para mi padre?—preguntó Geranda.

—¡Un médico!—esclamó la vieja criada. ¿Maese Zacarías ha prestado oído nunca á sus imaginaciones y sentencias? Puede haber medicina para los relojes, mas no para los cuerpos.

—¿Qué haremos, pues?—dijo Geranda. ¿Ha vuelto al trabajo? ¿Se habrá entregado al descanso?

—Geranda—repuso suavemente Auberto—hay alguna contrariedad moral que apesadumbra á vuestro padre y nada mas.

—¿La conocéis, Auberto?

—Tal vez, Geranda.

—Pues decidla—exclamó vivamente Escolástica apagando parsimoniosamente su cirio.

—Hace algunos días, Geranda,—dijo el joven obrero—que sucede una cosa absolutamente incomprensible. Todos los relojes que vuestro padre ha hecho y vendido de algunos años á esta parte, se paran súbitamente. Le han traído muchos. Los ha desarmado cuidadosamente; los muelles estaban en buen estado y las ruedas bien fijadas. Los ha vuelto á armar con mas cuidado aun pero á pesar de su habilidad, no los ha hecho andar.

—¡Eso es cosa del diablo!—exclamó Escolástica.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Geranda. Ese hecho me parece natural. Todo está limitado en la tierra, y de las manos del hombre no puede salir lo infinito.

—No es menos cierto—respondió Auberto—que hay en ello algo de extraordinario y misterioso. Yo mismo he ayudado á maese Zacarías á buscar la causa del desarreglo de sus relojes, no he podido encontrarla, y mas de una vez desesperado, las herramientas se me han caído de las manos.

—Entonces—repuso Escolástica—¿por qué entregarse á ese trabajo de réprobo? ¿Es natural que un pedazo de latón pueda andar solo y señalar las horas? Hubiera bastado con el cuadrante solar.

—No hablaríais así, Escolástica,—respondió Auberto—si supierais que el cuadrante solar fue inventado por Cain.

—¡Señor Dios mío! ¿Qué me estais contando?

—¡Creéis—repuso ingenuamente Geranda—que pueda pedirse á Dios que vuelva la vida á los relojes de mi padre?

—Sin duda alguna—respondió el joven obrero.

—¡Bueno! Esas son oraciones inútiles—gruñó la vieja criada,—pero el cielo lo perdonará por la intención.

El cirio volvió á encenderse. Escolástica, Geranda y Auberto se arrodillaron sobre las baldosas del piso y la joven oró por el alma de su madre, por la santificación de la noche, y por los presos y viajeros, por los buenos y los malos, y sobre todo por las desconocidas tristezas de su padre.

Después los tres devotos se levantaron con alguna esperanza en el corazón, porque habían depositado sus penas en el seno de Dios.

Auberto se fué á su cuarto, Geranda se sentó pensativa junto á la ventana, mientras que las últimas claridades se extinguían en la ciudad de Ginebra, y Escolástica, después de haber derramado un poco de agua sobre los tizones de la chimenea y corrido los dos enormes cerrojos de la puerta, se echó en la cama donde no tardó en soñar que se moría de miedo.

Entre tanto el horror de aquella noche de invierno se había acrecentado. A veces, con los torbellinos del río, el viento se introducía entre las estacadas, y la casa entera se estremecía; pero la joven, absorta en su tristeza, no pensaba mas que en su padre. Desde las palabras de Auberto Thun, la enfermedad de maese Zacarías había tomado en su imaginación proporciones fantásticas y le parecía que aquella existencia convertida simplemente en mecánica, no se movía ya sino con esfuerzo sobre sus gastados ejes.

De pronto, la hoja exterior de la ventana, violentamente impelida por el viento, se abatió con ímpetu sobre el alfeizar, y Geranda se estremeció levantándose bruscamente sin fijarse en la causa de aquel ruido que la había sacado de su arrobamiento. Cuando se le pasó la impresión, abrió la ventana. Las nubes despedían una lluvia tormentosa que resonaba en los tejados circunvecinos. La joven se inclinó hácia afuera para retener la hoja sacudida por el viento, pero tuvo miedo. Le pareció que la lluvia y

el río confundiendo sus aguas tumultuosas sumergían aquella frágil vivienda cuyas maderas rechaban por todas partes. Quiso huir de su cuarto; pero advirtió debajo de ella la reverberación de una luz que debía proceder del taller de maese Zacarías, y en una de aquellas calmas momentáneas durante las cuales se callan los elementos, llegaron á su oído sonidos plañideros. Intentó cerrar la ventana y no pudo conseguirlo. El viento la impelia con violencia, como si fuera un malhechor que se introduce en una habitación.

Geranda pensó verse loca de terror. ¿Qué estaba haciendo su padre? Abrió la puerta que se le escapó de las manos, y dió rudo golpe á impulsos de la tempestad. Geranda se encontró en el oscuro comedor y consiguió á tientas llegar á la escalera que iba al taller de maese Zacarías dejándose deslizar pálida y moribunda.

El viejo relojero estaba de pie en medio de aquel cuarto donde resonaban los bramidos del río. Sus pelos erizados le daban un aspecto siniestro. Hablaba, gesticulaba sin ver ni oír. Geranda se quedó en el umbral.

—¡Es la muerte!...—decía maese Zacarías con sorda voz, ¡es la muerte!... ¿Qué me resta de vida después de haber esparcido mi existencia por el mundo? ¿Porque yo, maese Zacarías, soy realmente el creador de todos esos relojes que he fabricado! ¡Es una parte de mi alma la que he encerrado en cada una de esas cajas de hierro, plata ú oro! ¡Cada vez que uno de esos relojes malditos se para, siento que mi corazón deja de latir, porque los he arreglado sobre mis pulsaciones!

Y hablando de tan extraño modo, el viejo dirigió la vista á su mesa. Allí se encontraban todas las piezas de un reloj que había desarmado cuidadosamente. Tomó una especie de cilindro hueco, llamado barrilete, en el cual está encerrado el muelle y retiró la espiral de acero que en vez de distenderse según las leyes de su elasticidad se mantuvo enroscada lo mismo que una vívora adormecida. Parecía clavada como esos viejos impotentes cuya sangre se ha cuajado á la larga. Maese Zacarías trató en vano de desenvolverla con sus enflaquecidos dedos cuya sombra se prolongaba desmesuradamente en la muralla, pero no pudo conseguirlo, y lanzando un terrible grito de cólera la tiró por la trampilla á los torbellinos del Ródano.

Geranda con los pies clavados al suelo permanecía sin alentar ni moverse. Quería y no podía acercarse á su padre. Se apoderaban de ella vertiginosas alucinaciones cuando de repente oyó que en la sombra le susurraba una voz al oído lo siguiente:

—Geranda, querida Geranda. El dolor os tiene despierta todavía. Recogeos, os lo ruego; la noche está fría.

—¡Auberto! Susurró la joven á media voz. ¡Vos! ¡vos!

—¿No debía yo inquietarme de lo que os inquieta?

Estas dulces palabras devolvieron la sangre al corazón de la joven. Se apoyó en el brazo del obrero y le dijo:

—Mi padre está muy enfermo, Auberto. Vos sois el único que puede curarlo, porque en esa afección del alma no cedería ante los consuelos de su hija. Se halla acometido de un accidente muy natural y trabajando con él en la recomposición de sus relojes, le devolveréis la razón. ¿No es verdad, Auberto,—añadió todavía impresionada—que su vida no se confundió con la de los relojes?

Auberto no respondió.

—¿Entonces el oficio de mi padre sería reprobado del cielo?—dijo Geranda estremeciéndose.

—No lo sé—respondió el obrero—que calenté con



NO MUEVAS LA CABEZA, porque te quedarás atónito.

sus manos las de la joven, yertas y heladas: pero volved á vuestro cuarto, pobre Geranda, y con el reposo recobrad alguna esperanza.

Geranda se fué lentamente á su cuartodonde permaneció hasta que se hizo de día, sin que el sueño cerrase sus párpados, mientras que maese Zacarias, siempre mudo é inmóvil, miraba cómo el río corría ruidoso bajo sus plantas.

II.

EL ORGULLO DE LA CIENCIA.

La severidad del mercader ginebrés en negocios es proverbial. Es de una probidad rigida y de escelsiva rectitud. ¡Cuán debió, pues, ser la vergüenza de maese Zacarias cuando vió que le devolvían de todas partes los relojes que con tanta solicitud habia construido.

Y demasiado cierto era que los relojes se paraban de pronto y sin ninguna razon aparente para ello. Las ruedas estaban en buen estado y perfectamente establecidas, pero los muelles habian perdido toda elasticidad. El relojero trató en vano de reponerlos: las ruedas seguian quietas. Estos desarreglos inesplicables hicieron un daño inmenso á maese Zacarias. Sus magníficas invenciones habian atraído sobre él algunas veces sospechas de brujería, que desde entonces fueron tomando consistencia. El rumor de esto llegó hasta Geranda y tembló muchas veces por su padre, cuando se fijaban sobre él miradas mal intencionadas.

Sin embargo, al día siguiente de aquella noche de angustias, maese Zacarias pareció entregarse al trabajo con alguna confianza. El sol de la mañana le infundió algun valor. Auberto no tardó en acudir al taller, donde recibió un saludo que rebosaba afabilidad.

—Ya estoy mejor—dijo el viejo relojero.—Yo no se qué estraños dolores de cabeza me asediaban

ayer, pero el sol los ha abuyentado con las tinieblas de la noche.

—A fe mia, maestro,—respondió Auberto,—no me gusta la noche ni por vos ni por mí.

—Y tienes razon, Auberto. Si alguna vez llegas á ser hombre superior, ya comprenderás que el dia te es necesario como el alimento. Un sabio de gran mérito se debe á los homenajes del resto de los hombres.

—Maestro, ya se apodera nuevamente de vos el pecado del orgullo.

—¡Orgullo, Auberto! Destruye mi pasado, aniquila mi presente, disipa mi porvenir, y entonces me será permitido vivir en la oscuridad. ¡Pobre muchacho, que no comprende las cosas sublimes con que se relaciona mi arte todo! ¿Eres acaso otra cosa mas que una herramienta entre mis manos?

—Sin embargo, maestro, he merecido mas de una vez vuestras alabanzas por la manera con que yo ajustaba las piezas mas delicadas de vuestros relojes.

—Sin duda alguna eres un buen operario á quien aprecio, pero cuando trabajas solo crees tener entre los dedos laton, oro ó plata, y no sientes que esos metales animados por mi genio, palpitan como una carne viva. Así es que tú no morirías de la muerte de tus obras.

Maese Zacarías permaneció silencioso despues de estas palabras; Auberto trató de restablecer la conversacion.

—A fe mia, maestro, me gusta veros trabajar de ese modo sin descanso. Estareis desocupado para la fiesta de nuestro gremio, porque veo que el trabajo de ese reloj de cristal adelante con rapidez.

—Sin duda, Auberto,—esclamó el viejo relojero—y no será honra despreciable para mí el haber podido tallar y recortar esta materia que tiene la dureza del diamante. ¡Ah! Luis Berghem ha hecho bien en perfeccionar el arte del diamante que me ha permitido bruñir y perforar las piedras mas duras.

Maese Zacarías tenia entonces entre manos piecitas de relojería de cristal tallado y de un trabajo esquisito. Las ruedas, los ejes, la caja de aquel reloj eran de la misma materia, y en aquella obra de la mayor dificultad, habia desplegado un talento difícil de imaginar.

—¿No es verdad—repuso—mientras que sus mejillas se tornaban purpúreas, que será hermoso ver palpar este reloj al través de su trasparente caja, y poder contar los latidos de su corazon?

—Apuesto, maestro, á que no discrepará un segundo por año.

—Y ganarás la apuesta. ¿Acaso no he dejado ahí lo mas puro de mí mismo? ¿Acaso mi corazon varia?

Auberto no se atrevió á levantar la vista sobre su maestro.

—Háblame con franqueza—prosiguió melancólicamente el anciano.—¿No me has tenido alguna vez por loco? ¿No me crees á veces entregado á desastrosas demencias? ¿Verdad que sí? En los ojos de mi hija y en los tuyos he leído frecuentemente mi sentencia. ¡Oh!—añadió con dolor—¡no ser comprendido siquiera por los seres mas queridos del mundo! Pero á tí, Auberto, te probaré victoriosamente que tengo razon. No muevas la cabeza, porque te quedarás atónito. El dia en que sepas escucharme y comprenderme verás cómo he descubierto la existencia y los secretos de la union misteriosa del alma con el cuerpo.

Y hablando así, maese Zacarías se mostraba soberbio de fiera. Sus ojos brillaban con fuego sobrenatural, y el orgullo le corria por las venas. Y ciertamente que si alguna vanidad fuera legítima, hubiera sido la de maese Zacarías.

En efecto, la relojería habia estado hasta entonces

en la infancia del arte. Desde el dia en que Platon, cuatrocientos años antes de la era cristiana, inventó el reloj nocturno, especie de clepsidra que indicaba las horas de la noche por el sonido y juego de una flauta, la ciencia habia permanecido estacionaria. Los maestros trabajaron mas bien el arte que la mecánica y fue la época de los preciosos relojes de hierro, cobre, madera, plata, que se tallaban con primor como un jarron de Cellini. Habia obras maestras de cincelado que medían el tiempo de un modo imperfecto; pero al fin eran obras maestras. Cuando la imaginacion del artista no se fijó ya en la perfeccion plástica se ingenió en crear esos relojes de personajes de movimiento y campanas melódicas, cuyas escenas se arreglaban de muy divertido modo. Por lo demás, ¿quién se cuidaba entonces de regularizar la marcha del tiempo? Los plazos de cortesía no estaban inventados; las ciencias físicas y astronómicas no establecian sus cálculos sobre medidas escrupulosamente exactas. No existian establecimientos que cerrasen á hora fija, ni trenes que partiesen al segundo. Por la tarde se tocaban las oraciones, y por la noche se cantaban las horas en medio del silencio. Ciertamente que se vivia menos tiempo; si la existencia se mide por la suma de negocios hechos, pero se vivia mejor. El espíritu se fortalecia con esos nobles sentimientos engendrados por la contemplacion de las obras maestras, y el arte no se ejecutaba á la carrera. Se construia una iglesia en dos siglos; un pintor solo ejecutaba unos cuantos cuadros en toda su vida; un poeta no componia mas que una obra eminente, pero eran otras tantas obras maestras que los siglos se encargaban de apreciar.

Cuando las ciencias exactas hicieron adelantos, la relojería siguió el impulso, aunque seguia estando contenida por una dificultad insuperable: la medida regular y con finua del tiempo.

En medio de aquel estancamiento fue cuando maese Zacarías inventó el escape, que le permitió obtener una regularidad matemática, sometiendo el movimiento del péndulo á una fuerza constante. Esta invencion habia hecho perder la cabeza al viejo relojero. Subiendo el orgullo en su corazon como el mercurio en el termómetro, habia llegado á la temperatura de las demencias trascendentales. Por analogía se habia dejado arrastrar por consecuencias materialistas y al fabricar sus relojes se imaginaba haber sorprendido los secretos de la union del alma con el cuerpo.

Por eso aquel dia, viendo que Auberto le escuchaba atento, le dijo con tono sencillo de conviccion:

—¿Sabes lo que es la vida, hijo mio? ¿Has comprendido la accion de esos muelles que producen la existencia? ¿Has mirado dentro de tí mismo? No, y sin embargo, con los ojos de la ciencia hubieras podido ver la relacion íntima que existe entre la obra de Dios y la mia, porque de su criatura he copiado yo la combinacion mecánica de mis relojes.

—Maestro—dijo con presteza Auberto—¿puedis comparar una máquina de laton y de acero con ese aliento de Dios, llamado alma, que anima á los cuerpos como la brisa mueve las flores? ¿Pueden existir ruedas imperceptibles que hagan mover nuestras piernas y nuestros brazos? ¿Qué piezas podria haber tan bien ajustadas que produjesen en nosotros el pensamiento?

—No es esa la cuestion—respondió pacíficamente maese Zacarías, pero con la obstinacion del ciego que marcha al abismo.—Para comprenderme, recuerda el objeto del escape que he inventado. Cuando he visto la irregularidad de la marcha de un reloj, he reconocido que el movimiento encerrado en él no bastaba, y que era necesario someterlo á la regularidad de otra fuerza independiente. Me ha ocurrido que el péndulo me prestaria este servicio y he con-

seguido regularizar sus oscilaciones. ¿No fue sublime idea la que concebí de hacerle recobrar su fuerza por la marcha misma del reloj, cuyos movimientos estaba encargado de reglamentar?

Auberto hizo una señal de asentimiento.

—Ahora, Auberto—prosiguió el viejo relojero animándose—pasa una mirada por tí mismo; ¿no comprendes que hay dos fuerzas distintas en nosotros mismos: la del alma y la del cuerpo, es decir, un movimiento y un regulador? El alma es el principio de la vida, luego es el movimiento. Que éste se produzca por una pesa, por un muelle o por una influencia inmaterial, no deja de estar en el corazón. Pero sin el cuerpo, el movimiento sería desigual, irregular, imposible. Por eso el cuerpo regulariza al alma, y como el péndulo, está sujeto á oscilaciones ordenadas. Y esto es tan cierto, que no está uno bueno cuando el comer, el beber y el dormir, en una palabra, las funciones del cuerpo no andan bien arregladas. Así como en mis relojes, el alma devuelve al cuerpo la fuerza perdida por las oscilaciones. Pues bien: ¿quién produce esa unión íntima del cuerpo con el alma, sino un escape maravilloso por medio del cual las ruedas del uno engranan con las de la otra? Y eso es lo que he adivinado y aplicado, no habiendo secretos ya para mí acerca de esta vida, que en suma no es mas que una ingeniosa máquina.

Sublime era contemplar á maese Zacarías sumido en esa alucinación que lo arrojaba hasta los últimos misterios del infinito. Pero su hija Geranda, detenida en el umbral de la puerta, lo había oído todo. Se arrojó en los brazos de su padre que la estrechó convulsivamente sobre su pecho.

—¿Qué tienes hija ma?—le preguntó maese Zacarías.

—Si yo no tuviera mas que un muelle aquí—dijo la jóven poniendo la mano sobre el corazón—no os amaría tanto, padre mio.

Maese Zacarías miró con fijeza á su hija y no respondió.

De pronto dió un grito, se llevó apresuradamente la mano al corazón, y cayó desfallecido en su silla de cuero.

—¿Padre mio, qué teneis?

—¡Socorro!—gritó Auberto—¡Escolástica!

Pero Escolástica tardó en venir. Habían dado un aldabonazo á la puerta de entrada. Fué á ver quién era, y cuando volvió al taller, antes de abrir la boca, el viejo relojero, recobrando sus sentidos, le dijo:

—Apuesto, mi buena Escolástica, á que me traes todavía uno de esos malditos relojes que se paran.

—¡Jesús! ¡Y es verdad!—respondió Escolástica entregando un reloj á Auberto.

—Mi corazón no puede engañarse—dijo el viejo suspirando.

Entre tanto Auberto había dado cuerda al reloj con sumo cuidado pero no andaba.

III.

UNA VISITA EXTRAÑA.

La pobre Geranda hubiera visto extinguirse su vida al mismo tiempo que la de su padre sin el cariño de Auberto que la mantenía adherida al mundo.

El viejo relojero se iba poco á poco acabando. Sus facultades tendían con toda evidencia á menguarse, concentrándose en un pensamiento único. Por una asociación de ideas, todo lo relacionaba con su monomanía, y la vida terrestre parecía retirarse en él para dar lugar á esa existencia extranatural de las potencias intermedias. Por eso algunos competidores

suyos, mal intencionados, hicieron revivir los rumores diabólicos esparcidos sobre los trabajos de maese Zacarías.

La confirmación de los inexplicables desarreglos que ocurrían en sus relojes, hizo un efecto prodigioso entre los maestros relojeros de Ginebra. ¿Qué significaba aquella repentina inercia de las ruedas, y por qué aquellas singulares relaciones que parecían tener con la villa de Zacarías? Eran misterios de esos que nunca se consideran sino con secreto terror. En las diversas clases de la sociedad, desde el aprendiz hasta el señor, que usaban los relojes del viejo Zacarías, nadie hubo que no pudiera juzgar por sí mismo de la extrañeza del hecho. En vano quisieron penetrar hasta maese Zacarías. Este cayó enfermo, lo cual permitió á su hija sustraerle á aquellas incesantes visitas que degeneraban en quejas y recriminaciones.

Las medicinas y los médicos fueron impotentes para evitar aquel decaimiento orgánico, cuya causa no se descubría. Algunas veces parecía que el corazón del anciano debía de latir, recobrando luego sus palpitaciones una inquietante regularidad.

Existía desde entonces la costumbre de someter las obras de los maestros á la apreciación del pueblo. Los jefes de los diferentes gremios procuraban distinguirse por la novedad ó perfección de sus obras, y entre ellos fue donde encontró la situación de maese Zacarías la mas ruidosa lástima, pero lástima interesada. Sus rivales lo compadecían con tanto mas ahínco cuanto menos lo temían. Se acordaban siempre de los triunfos del viejo relojero cuando esponía sus magníficos relojes de pared de personajes movibles, y los de bolsillo con repetición que causaban el asombro general y alcanzaban altísimos precios en las ciudades de Francia, Suiza y Alemania.

Sin embargo, gracias á los constantes cuidados de Geranda y Auberto, la salud de Maese Zacarías pareció asegurarse algo, y en medio de aquella quietud que le dejó su convalecencia, consiguió desechar las ideas que le absorbían. Tan luego como pudo andar, su hija lo sacó de casa donde los parroquianos descontentos afluyan sin cesar, Auberto se quedaba en el obador armando y desarmando los rebeldes relojes, y el pobre mozo, no pudiendo comprender la razón de esto, se agarraba la cabeza con las manos temeroso de volverse loco como su amo.

Geranda dirigía los pasos de su padre por los mas risueños paseos de la ciudad. Unas veces sosteniendo el brazo de maese Zacarías, tomaba por San Antonio desde donde la vista se extendía sobre el collado de Coigny y sobre el lago. Otras veces, cuando las mañanas eran serenas, podían verse los picos gigantes del monte Buet que se alzaban en el horizonte. Geranda llamaba por su nombre todos aquellos sitios casi olvidados de su padre, cuya memoria parecía estraviada, y éste experimentaba un placer de niño al aprender cosas cuyo recuerdo había desaparecido de su mente. Maese Zacarías se apoyaba en su hija y las dos cabelleras, blanca y rubia, se confundían en el mismo rayo de sol.

Aconteció también que el anciano relojero se apercibió de que no estaba solo en el mundo. Al ver á su hija jóven bella, estando envejecido y quebrantado, se acordó de que despues de su muerte se quedaria ella sola y sin apoyo, y observó cuanto le rodeaban. Muchos jóvenes obreros de Ginebra habían aspirado ya al amor de Geranda; pero ninguno tuvo acceso en el retiro impenetrable donde vivía la familia del relojero. Fue por consiguiente muy natural que en aquel momento de lucidez, la elección del anciano recayese en Auberto Thun. Una vez acogido este pensamiento, observó que ambos jóvenes se habían criado con idénticas ideas y creencias, y las oscilaciones de sus corazones le parecían insócronas, como se lo dijo un día á Escolástica.

La vieja criada, li'eralm'nte go'sosa del dicho, aunque no lo comprendía, juró por su santa patrona que la ciudad entera lo sabría antes de una hora. Maese Zacarías empleó grandes esfuerzos en calmarla, y obtuvo de ella al fin la promesa de guardar sobre esa revelación un secreto que jamás guardó.

De manera que sin saberlo aun Geranda ni Auberto, se hablaba en todo Ginebra de su próximo enlace; pero aconteció que durante estas conversaciones se oía con frecuencia una risotada singular y una voz que decía:

—Geranda no se casará con Auberto!

Si los que conversaban se volvían, se encontraban en frente de un vejete á quien no conocían.

¿Qué edad tenía aquel personaje singular? Nadie hubiera podido decirlo. Se comprendía que debía existir desde muchos siglos y nada más. Su gran cabeza aplastada insistía sobre unos hombros cuya amplitud igualaba la altura de su cuerpo, que no pasaba de tres pies. Este personaje hubiera hecho buena figura en un zócalo de péndola, porque el balancín hubiera oscilado desahogadamente en su pecho. Asemejábase su nariz al gnomon de un reloj solar, de tan delgada y aguda que era. Sus dientes espaciados y de superficie epicielica se parecía á los engranajes de una rueda y reclinaban entre sus abios; su voz tenía el sonido metálico de una campana y podía notarse que su corazón palpitaba como el *tic-tac* de un péndulo. Aquel hombre cuyos brazos se movían á la manera de las agujas de una muestra, andaba á sacudidas sin volverse jamás. Si le seguían, se observaba que caminaba una legua por hora, siendo su marcha próximamente circular.

Poco tiempo hacia que tan extraño personaje vagaba de ese modo, ó mas bien rodaba por la ciudad, pero se pudo advertir que todos los días á pasar el sol por el meridiano, se detenía delante de la catedral de San Pedro y luego proseguía su camino después de las doce campanas del mediodía. Fuera de este momento preciso aparecía en los corrillos donde se hablaba del viejo relojero, y todos inquirían con espanto qué relaciones podrían existir entre él y maese Zacarías. Por lo demás, se notaba que no perdía de vista al anciano ni á su hija durante sus paseos.

Un día en el Parral de Ginebra observó Geranda que ese món-truo la miraba riéndose. Se estrechó contra su padre con un movimiento de espanto.

—¿Qué tienes, Geranda?—preguntó maese Zacarías.

—No lo sé, respondió la joven.

—Te encuentro demudada, hija mía!—dijo el anciano. ¿Vas ahora á ponerte enferma tú también? Pues bien,—añadió con tris e sonrisa, será preciso que te cuide y lo sabré hacer perfectamente.

—Padre mío, no es nada. Tengo frío. Me parece que es...

—¿Qué, Geranda?

—La presencia de ese hombre que nos sigue sin cesar,—respondió la joven en voz baja.

Maese Zacarías se volvió hacia el vejete.

—A te mía que anda bien—dijo con aire de satisfacción—porque son las cuatro en punto. ¡No temas nada, hija mía, no es un hombre, sino un reloj!

Geranda miró á su padre aterrada. ¿Cómo había podido leer maese Zacarías la hora que era en el rostro de aquella extraña criatura?

—A propósito—prosiguió el anciano relojero—sin ocuparse mas de ese incidente—hace algunos días que no veo á Auberto.

—Sin embargo no nos deja, padre mío,—respondió Geranda, cuyos pensamientos adquirieron mas tranquilo colorido.

—Y entonces, ¿qué hace?

—Trabaja, padre mío.

—¡Ah! trabaja en componer mis relojes, ¿no es

verdad? Pero no lo conseguirá nunca, porque no es una compostura lo que necesitan, sino una resurrección.

Geranda se quedó silenciosa.

—Será preciso que yo sepa—añadió el anciano—si han llevado todavía algunos de esos relojes condenados sobre los cuales ha lanzado el diablo una epidemia.

Y después de estas palabras, maese Zacarías se entregó á un silencio absoluto hasta el momento en que llamó á la puerta de su casa, y por la primera vez desde su convalecencia, bajó á su taller, mientras que Geranda se retiraba á su aposento.

En el momento en que pisaba el umbral, una de las numerosas péndolas colgadas en la pared dió las cinco. Ordinariamente las diferentes campanas de esos relojes admirablemente arreglados sonaban simultáneamente y su concordancia regocijaba el corazón del anciano; pero aquel día los timbres dieron la hora uno después de otro, de modo que durante un cuarto de hora ensordecieron el oído con sus toques sucesivos. Maese Zacarías estaba sintiendo horriblemente; no podía estar quieto, iba de una á otra péndola y les marcaba el compás como un maestro de orquesta que ya no dominase á sus músicos.

Cuando el último sonido se extinguió, abrió la puerta del taller, y maese Zacarías se estremeció de pies á cabeza al ver delante al vejete que le miró de hito en hito, diciéndole:

—Maestro, ¿puedo hablar con vos algunos momentos?

—¿Quién sois?—preguntó bruscamente el relojero.

—Un colega. Yo soy el encargado de arreglar el sol.

—¡Ah! ¿Con que sois el que arregla el sol?—replicó vivamente maese Zacarías sin pestañear. ¡Pues bien! ¡No os doy el parabien! Vuestro sol anda muy mal, y para que estemos en hora con él, tenemos que adelantar unas veces los relojes y otras atrasarlos.

—Por el ahorquillado pie del diablo ¿quién es razón, maestro. Mi sol no señala siempre el medio día al mismo tiempo que vuestros relojes, pero un día se sabrá que eso consiste en la desigualdad del movimiento de traslación de la tierra y se inventará un medio día que componga esa irregularidad.

—¿Viviré todavía en esa época? preguntó el anciano cuyos ojos se animaron.

—Sin duda—replicó el vejete riéndose.—¿Podeis acaso creer que os habeis de morir nunca?

—¡Ay! sin embargo estoy bien enfermo.

—Pues hablemos de ello. ¡Por Belcebú!—Así llegaremos al objeto que me trae.

Y diciendo esto, ese ente singular saltó sin ceremonia sobre el sillón de cuero y cruzó las piernas una sobre otra, á la manera de esos descarnados huesos que se pintan en las colgaduras fúnebres debajo de las calaveras. Después prosiguió con tono irónico:

—Vamos á ver, maese Zacarías, ¿qué ocurre en esta buena ciudad de Ginebra? Dicen que vuestra salud se atera y que vuestros relojes necesitan médico.

—¡Ah! Vos creéis que hay una relación íntima entre su existencia y la mía!—esclamó maese Zacarías.

—Me imagino que esos relojes tienen defectos y hasta vicios. Si esos bribones no observan una conducta regular, justo es que paguen la pena de sus desarreglos. Me parece que necesitan corregirse un poco.

—¿A qué la maldad defectos?—dijo maese Zacarías, ruborizándose por el tono sarcástico con que se habían pronunciado las anteriores palabras.—¿Acaso no tienen el derecho de estar orgullosos de su origen?

—¡No mucho, no mucho!—respondió el vejete. Llevan un nombre célebre, y sobre su muestra está grabado un nombre ilustre, verdad es, teniendo el privilegio exclusivo de introducirse en las casas mas



Saltó sin ceremonia sobre el sillón de cuero y cruzó las piernas una sobre otra.

nóbles; pero hace algun tiempo que se descomponen, y na a podeis hacer, maese Zacarías, pudiendo reconveniros el mas torpe de los aprendices de Ginebra

—¡A mí! ¡A mí! ¡A maese Zacarías!—esclamó el anciano con terrible movimiento de orgullo.

—A vos, maese Zacarías, que no podeis devolver la vida á vuestros relojes.

—¡Pero es porque tengo fiebre, y ellos tambien!—respondió el viejo relojero, mientras que un sudor frio le corria por todos los miembros.

—Pues bien, se morirán con vos, presto que tan impedido estais de dar alguna elasticidad á sus muelles.

—¡Morir! No. Ya lo habeis dicho. No puedo morir yo, el primer relojero del mundo, yo que con esas piezas y esas ruedas he sabido arreglar el movimiento con precision absoluta. ¡No he sujetado el tiempo á leyes exactas y no puedo disponer de él como soberano? Antes que un genio sublimado viniese á disponer con regularidad esas horas estraviadas, ¿en qué va-

guedad tan inmensa es'aba sumido el destino humano! ¿A qué momento cierto podian referirse los actos de la vida? Pero vos, hombre ó diablo, quien quiera que seais, ¿no habeis pensado nunca en la magnificencia de mi arte, que llama á todas las ciencias en su ayuda? ¡No! ¡No! ¡No! Yo, maese Zacarías, no quiero morir, porque habiendo arreglado el tiempo, el tiempo estaria conmigo. ¡Yo veria á ese infinito vago de donde lo ha sacado mi genio y se perderia irreparablemente en el abismo de la nada! No, yo no puedo morir ni mas ni menos que el Criador del universo, sometido á sus leyes. He llegado á ser su igual y á compartir su poderio. Maese Zacarías ha creado el tiempo, si Dios ha creado la eternidad.

El anciano relojero se parecia entonces el ángel caído, rebelándose contra el Criador. El vejete lo acariciaba con la mirada y parecia incitarle á ese enardecimiento impio.

—Bien dicho, maestro,—replicó.—Beleebú tenía menos derecho que vos para compararse con Dios. Es preciso que vuestra gloria no perezca. Por eso,



Los parroquianos descontentos afluían en creciente tropel.

este servidor vuestro quiere daros el medio de dominar esos relojes rebeldes.

—Y cuál es? ¿Cuál es?—esclamó maese Zacarías.

—Lo sabreis al día siguiente de aquel en que me concedais la mano de vuestra hija.

—¿De Geranda?

—De la misma.

—El corazón de mi hija no está libre—respondió maese Zacarías á esa pregunta que no pareció chocarle ni asombrarle.

—Bah... No es la menos hermosa de vuestras péndolas, pero también acabará por pararse.

—¿Mi hija, mi Geranda!... ¡No!

—Pues bien, volved á vuestros relojes, maese Zacarías. Armadlos y desarmadlos. Preparad el matrimonio de vuestra hija y de vuestro obrero. Templad los muelles fabricados con el mejor acero. Bendecid á Auberto y á la hermosa Geranda; pero tened presente que vuestros relojes no andarán nunca, y que Geranda no se casará con Auberto.

Y dicho esto el vejete salió, pero no tan aprisa que maese Zacarías no pudiera oír dar las seis en el pecho de tan lúgubre personaje.

IV.

LA IGLESIA DE SAN PEDRO.

Entre tanto el cuerpo y el espíritu de maese Zacarías se iban debilitando, por mas que una sobreescitacion extraordinaria le impuso con mas violencia que nunca hacía sus trabajos de relojería, de los cuales ya no consiguió su hija distraerle.

Su orgullo había crecido desde aquella crisis á que traidoramente le entregó el extraño visitante, y resolvió dominar á fuerza de génio la influencia maldita que pesaba sobre su obra y sobre él. Visitó primero los diferentes relojes de la ciudad confiados á su cuidado. Se aseguró con escrupulosa atención de

que las ruedas estaban en buen estado, los ejes sólidos, los contrapesos bien equilibrados, escuchando los sonidos de los timbres con el recogimiento de un médico que ausculta el pecho de un enfermo. Nada revelaba que estos relojes estuviesen en visperas de ser atacados de inercia.

Geranda y Auberto acompañaban con frecuencia al anciano relojero en sus visitas. Este debiera complacerse en verlos tan solícitos, y ciertamente que no le hubiera preocupado tanto su fin próximo, á haber pensado que su existencia debía ser continuada por la de aquellos seres tan queridos, comprendiendo que en los hijos queda algo siempre de la vida de un padre.

Cuando el viejo relojero volvía á su casa proseguía sus trabajos con calenturienta asiduidad. Aunque persuadido de no salir bien, le parecía sin embargo imposible que esto aconteciese y así se entretenía en armar y desarmar incesantemente los relojes que le llevaban.

Auberto, por su parte, se ingeniaba en descubrir las causas del mal.

—Pero maestro,—decía,—esto no puede consistir mas que en el desgaste de los ejes y de los engranajes.

—¿Con que te diviertes en matarme á fuego lento?—le respondía con violencia maese Zacarías.—¿Acaso esos relojes son obras de un niño? ¿Acaso he empleado para esas piezas el torno por temor de herirme los dedos? ¿No las he forjado yo mismo para obtener mayor dureza? ¿No se han templado esos muelles con toda perfección? ¿Pueden emplearse aceites mas finos para impregnarlos? Tú mismo reconoces que es imposible, y confiesas que anda el diablo en todo ello.

Y desde por la mañana hasta por la noche, los parroquianos descontentos afluían en creciente tropel consiguiendo llegar hasta el anciano relojero que no sabía á quién escuchar.

—Este reloj se atrasa sin conseguir poner bien el registro—decía uno.

—Este,—añadió otro,—es de una obstinacion endiablada y se ha parado ni mas ni menos que el sol de Josué.

—Si es verdad que vuestra salud,—repetían casi todos los descontentos,—influye en la de vuestros relojes, maese Zacarías, poneos muy pronto en cura.

El anciano miraba á todas aquellas gentes con ojos desencajados, no respondiendo mas que con movimientos de cabeza ó palabras tristes.

—Aguardad los primeros dias que vengan buenos, amigos míos; es la estación en que la existencia revive en los cuerpos fatigados. Es necesario que el sol nos devuelva el calor á todos.

—¿Vaya una ventaja, si los relojes han de estar enfermos durante el invierno,—le dijo uno de los mas rabiosos!—¿Sabeis, maese Zacarías, que vuestro nombre está inscrito con todas sus letras en la muestra? ¿Por la Virgen que no haceis honor á vuestra firma.

Aconteció por último que el anciano, avergonzado de esas reconvenções, retiró algunas piezas de oro de su arca vieja, y comenzó á comprar los relojes descompuestos. Al saber, esto los chalanes acudieron en tropel, y el dinero de aquella pobre mansion se fue bien á prisa, aunque la probidad del mercader quedó á cubierto. Geranda aplaudió de todo corazón esta delicadeza que la llevaba á la ruina, y no tardó tampoco Auberto en ofrecer sus economías á maese Zacarías.

—¿Qué será de mi hija?—decía el anciano buscando entre el naufragio un refugio en los sentimientos paternos.

Auberto no se atrevió á responder que abrigaba valor para el porvenir y adhesión fiel á Geranda,

Maese Zacarías aquel día [lo hubiese llamado yerno suyo para desmentir aquellas funestas palabras que todavía zumbaban en sus oídos:

—¿Geranda no se casará con Auberto!

Sin embargo, con este sistema, el relojero acabó por quedarse sin nada. Sus antiguos jarrones se fueron á poder de extrañas manos; se deshizo de los magníficos tableros de roble esculpido que adornaban las paredes de su casa; algunas ingenuas pinturas de los primeros pintores flamencos no volvieron á regocijar las miradas de su hija, y todo, hasta las preciosas herramientas que su génio había inventado, se vendió para indemnizar á los reclamantes.

Escolástica era la única que no entendía de razones sobre este asunto; pero sus esfuerzos no podían impedir que los importunos llegasen hasta su amo y se fuesen con algun objeto precioso. Entonces resonaba su charla por todas las calles del barrio donde era desde muy antiguo conocida. Se dedicaba á desmentir los rumores de brujería y magia que circulaban por cuenta de Zacarías; pero como en el fondo estaba persuadida de la verdad, rezaba y volvía á rezar sendas oraciones para redimir sus piadosas mentiras.

Se observó que el relojero había descuidado el cumplimiento de sus deberes religiosos. Antiguamente acompañaba á Geranda á los oficios, y parecía hallar en la oracion ese encanto intelectual con que impregna á las inteligencias escogidas por ser el ejercicio mas sublime de la imaginacion. Este voluntario alejamiento de las prácticas devotas, unido á los secretos sucesos de su vida, habían legitimado hasta cierto punto las acusaciones de sortilegio lanzadas contra sus trabajos. Por eso con el doble objeto de atraer á su padre hacia Dios y hacia el mundo, Geranda resolvió llamar á la religion en su auxilio. Pensó que el catolicismo podría resituir alguna nulidad á aquella alma moribunda, pero el dogma de fe y de humildad tenia que combatir en maese Zacarías un insuperable orgullo, y se encontraba contrariado por ese engrimiento de la ciencia que todo lo relaciona con ello, sin remontarse á la fuente infinita de donde emanan los primeros principios.

Con estas circunstancias emprendió la jóven la conversion de su padre, con tan eficaz influencia que el viejo relojero prometió asistir el domingo siguiente á la misa mayor de la catedral. Geranda tuvo un momento de éxtasis como si el cielo se hubiese abierto á su vista. La vieja Escolástica no pudo contener su gozo y discurrió argumentos sin réplica contra las malas lenguas que acusaban á su amo de impiedad. Habló de ello á sus vecinas, á sus amigas, á sus enemigas, lo mismo á los que la conocían como á las desconocidas.

—A fe que nada creemos de lo que nos contaís, Escolástica,—le respondían.—Maese Zacarías ha obrado siempre de concierto con el diablo.

—¿Entonces no habeis contado—replicaba la buena mujer—los campanarios en que andan los relojes de mi amo? ¿Cuántas veces ha hecho dar la hora de la oracion y de la misa!

—Sin duda, pero ha inventado máquinas que marchan solas y que no son obra de un hombre verdadero:

—¿Acaso los hijos del demonio—respondía Escolástica encolerizada pueden ejecutar ese hermoso reloj de hierro del castillo de Andernatt, que la ciudad de Ginebra no ha tenido bastante dinero para comprar? A cada hora aparece una bellísima leyenda y el cristiano que se hubiese conformedo con esos preceptos se hubiera ido en derechura al paraíso. ¿Puede ser ese el trabajo del diablo?

Esa obra maestra fabricada veinte años antes habia efectivamente acrecentado la gloria de maese Zacarías; pero en aquella misma ocasion, las acusa-

ciones de hechicería habían sido generales. Por lo demás, el regreso del anciano á la iglesia de San Pedro debía reducir las malas lenguas al silencio.

Maese Zacarías, sin acordarse sin duda de lo prometido á su hija se volvió al taller y despues de haber reconocido su impotencia en restituir la vida á sus relojes, resolvió intentar si le seria posible fabricar otros. Abandonó todos aquellos objetos inertes y se puso á terminar el reloj de cristal que debía ser su mejor obra; mas por mucho empeño que en ello puso, y por gran cuidado que emplease en utilizar las herramientas mas perfectas, y emplear los rubíes y el diamante que resistiesen á los roces, el reloj estalló en sus manos la primera vez que le quiso dar cuerda.

El anciano ocultó este suceso á todo el mundo, y aun á su misma hija; pero su vida declinó desde entonces rápidamente. Ya no era aquello mas que las últimas oscilaciones del péndulo que disminuyen cuando nada viene á devolverles su movimiento primitivo. Parecia que las leyes de la pesantez, obrando directamente sobre el anciano, lo arrastraban irresistiblemente á la tumba.

Llegó el domingo tan ardientemente deseado por Geranda. El tiempo estaba bello y era la temperatura vivificante. Los habitantes de Ginebra recorrían tranquilamente las calles con alegres conversaciones sobre el regreso de la primavera. Geranda, tomando suavemente el brazo del anciano, se dirigió hácia San Pedro, mientras que Escolástica lo seguía con sus devocionarios. La gente los miraba con curiosidad. El anciano se dejaba conducir como un niño ó mas bien como un ciego. No sin un sentimiento de espanto le vieron los fieles pisar el umbral de la iglesia, y hasta afectaban apartarse de él.

Resonaban ya los cantos de la misa mayor. Geranda se dirigió á su banco habitual y se arrodilló con profundo recogimiento. Maese Zacarías permaneció junto á ella de pie.

Las ceremonias de la misa se desplegaron con la magestuosa solemnidad de aquellas épocas de creencia, pero el anciano no creía. No imploró la piedad del cielo con los gritos de dolor del *Kyrie*. No cantó con el *Gloria in excelsis* las magnificencias de las alturas celestes; la lectura del Evangelio no lo sacó de sus cavilaciones materialistas y se olvidó de asociarse á los homenajes católicos del *Credo*. El orgulloso anciano permanecía quieto, insensible y mudo como una estatua de piedra, y en el momento solemne en que la campanilla anunciaba el milagro de la transubstanciación, no se inclinó, y miró de frente la hostia divinizada que el sacerdote elevaba sobre los fieles.

Geranda dirigió la vista á su padre, y cayeron abundantes lágrimas sobre su devocionario.

En aquel momento, el reloj de San Pedro dió la media de las once. Maese Zacarías se volvió con viveza hácia aquel reloj que hablaba todavía. Le pareció que la muestra interior le miraba fijamente, que las cifras de las horas brillaban como si hubiesen estado grabadas con rasgos de fuego y que las agujas despedían una chispa eléctrica por sus agudas puntas.

La misa terminó. Era costumbre rezar el *Angelus* á las doce en punto, y los que oficiaban aguardaban que la hora diese en el reloj. Algunos instantes despues, la oración iba á remontarse hasta los pies de la Virgen.

Pero de pronto se oyó un ruido estridente. Maese Zacarías dió un grito...

La aguja de las horas y el minuterio al llegar á las doce se pararon súbitamente y la campana no sonó. Geranda acudió en auxilio de su padre que estaba tendido sin movimiento y que fue conducido fuera de la iglesia.

—¡Este es el golpe de la muerte!—esclamó la jóven sollozando.

Maese Zacarías, llevado á su casa, fue acostado en completa situación de anonadamiento. La vida no existía ya mas que en la superficie de su cuerpo, como en los últimos torbellinos de humo que giran alrededor de la lámpara que se apaga.

Cuando recobró el sentido, Auberto y Geranda estaban inclinados sobre él. En aquel momento supremo el porvenir tomó ante su vista la forma del presente. Vió á su hija sola y sin apoyo.

—Hijo mio—dijo á Auberto—te doy mi hija,—y estendió su mano sobre ambos jóvenes que así se enlazaron junto á aquel lecho de muerte.

Pero de pronto maese Zacarías se levantó con un movimiento de rabia. Volvieron á su cerebro las palabras del vejete.

—¡No quiero morir!—esclamó.—No puedo morir. Yo, maese Zacarías, no debo morir... Mis libros... mis cuentas...

Y diciendo esto, saltó de la cama sobre un libro en que se hallaban inscritos los nombres de sus parroquianos, así como el objeto que les habia vendido. Hojeó el libro con avidez y su dedo descarnado se fijó en una de las páginas.

—¡Aquí—dijo—aquí! ¡Ese viejo reloj de hierro vendido á Pittonaccio! Es el único que no me han traído todavía. ¡Sigue existiendo y andando! ¡Ah! Lo quiero, lo hallaré, lo cuidaré de tal modo que la muerte ya no tendrá presa sobre mí.

Y se desmayó.

Auberto y Geranda se arrodillaron cerca del anciano y oraron juntos.

V.

LA HORA DE LA MUERTE.

Algunos días trascurrieron todavía y maese Zacarías, ese hombre casi muerto, se levantó de la cama y volvió á la vida por una escitacion sobrenatural. Vivía de orgullo; pero Geranda no se hacia ilusion ninguna. El cuerpo y el alma de su padre estaban perdidos para siempre.

Entonces se observó que el anciano se ocupaba en reunir sus recursos sin cuidarse de su familia. Empleaba su energía increíble, andando, registrando y susurrando misteriosas palabras.

Una mañana Geranda bajó á su taller y maese Zacarías no estaba allí.

Durante todo el dia lo estuvo esperando y maese Zacarías no volvió.

Geranda vertió todas las lágrimas de sus ojos, pero su padre no reapareció.

Auberto recorrió la ciudad y adquirió la triste certidumbre de que el anciano se habia marchado.

—Busquemos á nuestro padre—esclamó Geranda cuando el jóven obrero le trajo tan triste nueva.

—¿Dónde estará?—preguntó Auberto.

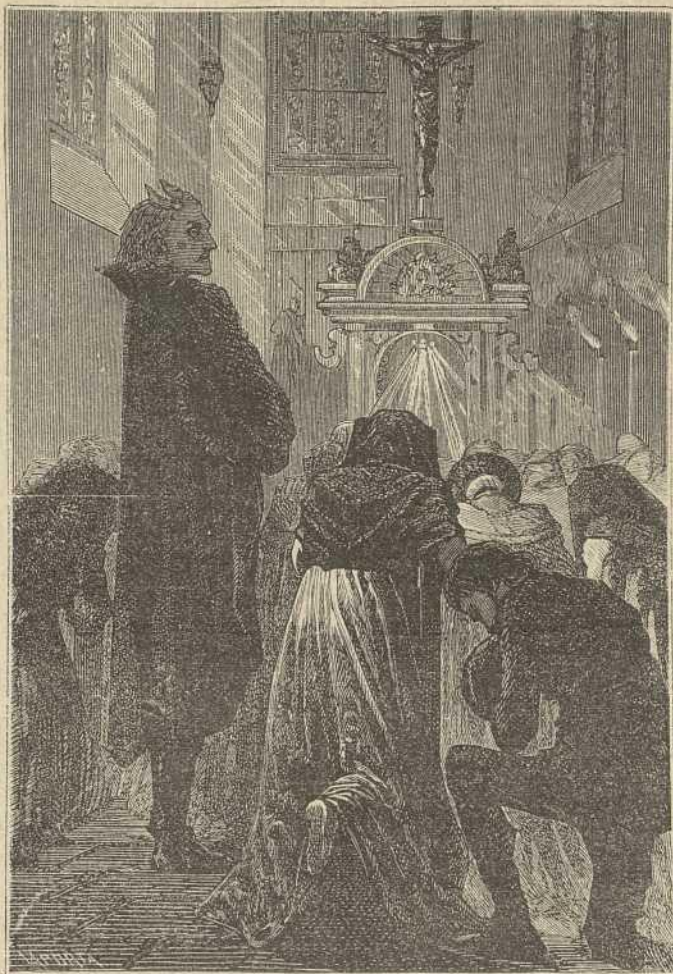
Una inspiración iluminó de pronto su mente. Volvieron á su memoria las últimas palabras de maese Zacarías. Este ya no vivía mas que en el viejo reloj de hierro que no le habian traído y maese Zacarías andaba probablemente en su busca.

Auberto comunicó sus ideas á Geranda.

—Veamos el libro de mi padre—le respondió.

Ambos buscaron por el taller y el libro se hallaba abierto sobre la mesa de trabajo. Todos los relojes vendidos y que le habian sido devueltos estaban borrados menos uno solo, cuyo asiento decia así:

«Vendido al señor Pittonaccio una péndola de hierro con sonería y figuras de movimiento, depositado en su castillo de Andernatt.»



El orgulloso arciano permanecía quieto, insensible como una estatua.

Era aquel reloj *moral* de que con tanto elogio había hablado la vieja Escolástica.

—¡Mi padre está allí!— exclamó Geranda.

—Corramos—respondió Auberto.—Todavía podemos salvarle.

—No para esta vida—dijo Geranda—pero al menos para la otra.

—Sea lo que Dios quiera, Geranda. El castillo de Andernatt está en las gargantas de los Dientes de Mediodía, á unas veinte horas de Ginebra. Partamos.

Aquella misma tarde, Auberto y Geranda, seguidos de su vieja criada, caminaban á pié por la carretera que costea el lago de Ginebra. Anduvieron cinco leguas por la noche, no habiéndose parado ni en Bessinge, ni en Ermance, donde existe el célebre castillo de los Mayor. Vadearon no sin trabajo el torrente de la Dranse. En todas partes inquirían noticias acerca de Maese Zacarías, y bien pronto estuvieron ciertos de que seguían sus huellas.

Al día siguiente al caer el día y después de haber

pasado de Thonon, llegaron á Eviam, desde donde se ve la costa de la Suiza desenvolverse á la vista en una estension de doce leguas. Pero los jóvenes no repararon en tan encantadores sitios. Iban impelidos por una fuerza sobrenatural. Auberto apoyado en un baston nudoso ofrecía el brazo unas veces á Geranda, otras á Escolástica, dándole su corazón suprema energía para sostener á sus compañeras. Los tres hablaban de sus penas y esperanzas siguiendo el bello camino que á flor de agua enlaza por aquella estrecha planicie la ribera del lago con las altas montañas de Chalais. Alcanzaron pronto á Bouveret en el paraje donde el Ródano entra en el lago de Ginebra.

En esa población abandonaron el lago y su fatiga se aumentó en las regiones montuosas. Viennaz, Chesses, Collombay, aldeas medio perdidas, quedaron pronto detrás de ellos. Sin embargo sus rodillas flaquearon y sus pies se lastimaron en las agudas crestas que herizan el piso como matas de granito. Ninguna noticia adquirían de maese Zacarías.



¡Geranda, serás feliz con él! ¡Mira á ese hombre, es el tiempo!

Era, á pesar de todo, preciso encontrarle y los viajeros no pidieron descanso ni á las cabañas aisladas ni al castillo de Monthey que con sus dependencias formó la dote de Margarita de Saboya. Por fin, al terminar el día alcanzaron casi moribundos de cansancio la hermita de Nuestra Señora de Sex, situada en la base del Diente de Mediodía, á seiscientos pies sobre el Ródano.

El hermitaño los recibió al anochecer, y no pudiendo dar un paso mas, tuvieron que tomar allí algun descanso.

No les dió el hermitaño noticia ninguna de maese Zacarías. Apenas podían esperar encontrarle vivo en aquellas melancólicas soledades. La noche era profunda. El huracán silbaba en la montaña y las avalanchas se precipitaban desde lo alto de las conmovidas peñas.

Los dos jóvenes, acurrucados delante del hogar de la hermita, refirieron su dolorosa historia. Sus mantos impregnados en nieve se estaban secando en un rincón, y por fuera el perro del hermitaño daba lúgu-

bres ladridos mezclados con los bramidos del temporal.

—El orgullo —dijo el hermitaño á sus huéspedes— ha perdido á un angel formado para el bien. Es la piedra de toque en que se quiebran los destinos humanos. Al orgullo, este principio de todos los vicios, no es posible oponer ningun raciocin o puesto que por su misma naturaleza, el orgulloso se niega á escucharle. No resta, pues, mas que orar por vuestro padre.

Los cuatro se arrodillaban, cuando los ladridos del perro redoblaron. Llamaron á la puerta de la hermita gritando:

—Abrid en nombre del diablo.

La puerta cedió bajo violentos esfuerzos, y apareció un hombre desmelenado, desencajado y casi desnudo.

—Padre mio —esclamó Geranda.

Era maese Zacarías.

—¿Dónde estoy? —dijo. En la eternidad... El tiempo se acabó... las horas no suenan.... Las agujas se paran.

—Padre mio—repitió Geranda con tan desgarrada emoción que el anciano pareció restituírse al mundo de los vivos.

—¡Tú aquí, Geranda mia, y tu también, Auberto!—¡Ah, mis queridos prometidos, venís á casaros á nuestra antigua iglesia!

—Padre mio—dijo Geranda asiéndole por el brazo, volved á vuestra casa de Ginebra, volved con nosotros.

El anciano se esquivó del abrazo de su hija y corrió á la puerta en cuyo umbral la nieve se amontonaba á grandes copos.

—No abandonéis á vuestros hijos—dijo Auberto.

—¿Para qué?—respondió tristemente el anciano relojero—¿para qué volver á aquellos sitios de donde fué ya mi vida y donde una parte de mí mismo está enterrada para siempre?

—Vuestra alma sin embargo no está muerta—dijo el hermitaño con voz grave.

—¿Mi alma!... ¡Oh! no... ¡Sus ruedas son buenas!... La siento latir á tiempos iguales.

—Vuestra alma es inmortal! ¡Vuestra alma es inmortal!—repuso el hermitaño con vehemencia.

—Sí... como mi gloria... pero está encerrada en el castillo de Andernatt y quiero recobrarla.

El hermitaño se santiguó. Escolástica estaba casi exámine. Auberto sostenía á Geranda en sus brazos.

—El castillo de Andernatt está habitado por un condenado—dijo el hermitaño—un condenado que no saluda la cruz de mi hermita.

—Padre mio, no vayais allí.

—Quiero mi alma; mi alma es mia.

—¡Detenedle! detened á mi padre...

Pero el anciano había traspuesto el umbral y lanzado al través de las sombras de la noche gritaba.

—¡Ven alma mia, ven!

Geranda, Auberto y Escolástica siguieron sus pasos caminando por senderos impracticables sobre los cuales volaba maese Zacarías como el huracán impedido por una fuerza irresistible. La nieve formaba torbellinos alrededor de ellos y mezclaba sus blancos copos con la espuma de los torrentes desbordados.

Al pasar delante de la capilla elevada en memoria de la matanza de la legion Tebana, Geranda, Auberto y Escolástica se santiguaron precipitadamente. Maese Zacarías no se descubrió.

Apareció por fin la aldea de Evionnaz en medio de aquella región inculca. El corazón mas empedernido se hubiera sobresaltado al ver aquel villorrio perdido en medio de las horribles soledades. El anciano siguió hácia adelante. Se dirigió á la izquierda y penetró en lo mas profundo de las gargantas de los Dientes de Mediodía que muerden el cielo con sus agudos picos.

Pronto se levantó ante él una ruina, vieja y sombría como las rocas de su base.

—¡Ahí es! ¡Ahí!—esclamó acelerando su desenfadada carrera.

El castillo de Andernatt en aquella época no era mas que ruinas. Una maciza torre, carcomida, desmantelada lo dominaba y parecia amenazar con su caída los vetustos murallones que estaban á sus pies. La vista de aquellas moles de piedra inspiraba horror, infundiendo la idea de que allí detrás solo debían existir algunos sombríos salones con los techos deruidos ó inmundos receptáculos de vívoras.

Una poterna estrecha y baja situada sobre un foso lleno de escombros daba acceso al castillo de Andernatt. ¿Qué habitantes eran los que habían pasado por allí? No se sabe. Sin duda algun margrave, mitad bandido, mitad señor, residió en aquella habitación. Al margrave sucedieron los salteadores ó monederos falsos que fueron ahorcados en el teatro de su crimen. Y la leyenda decia que durante las noches de invierno Satanás dirigía sus tradicionales danzas sobre la

ladera de las profundas gargantas en que se sumergia la sombra de aquellas ruinas.

Maese Zacarías no se espantó de este aspecto siniestro. Llegó á la poterna y nadie le estorbó el paso. A sus miradas apareció un estenso y tenebroso patio que nadie tampoco le impidió atravesar. Trepo por una especie de plano inclinado que conducia á uno de esos largos corredores, cuyos arcos parecen aplastar la luz bajo sus pesados arranques. Tampoco hubo quien se opusiera á su paso. Geranda, Auberto y Escolástica continuaban siguiéndole.

Maese Zacarías, como si se viera guiado por una mano invisible, parecia estar seguro del camino y marchaba con rápido paso. Llegó á una puerta carcomida que se conmovió bajo sus esfuerzos, mientras que los murciélagos trazaban círculos oblicuos alrededor de su cabeza.

Una sala inmensa mejor conservada que las otras, se presentó á su vista. Sus paredes estaban revestidas con altos tableros esculpidos sobre los cuales parecían agitarse confusamente las larvas, gusanos y tarascas. Algunas ventanas largas y angostas como aspilleras se estremecían bajo las descargas de la tempestad.

Al llegar maese Zacarías en medio de la sala dió un grito de alegría.

Sobre una repisa de hierro empotrada en la pared descansaba aquel reloj en que residia su vida entera. Aquella sin igual obra maestra representaba una vieja iglesia romana, con sus contrafuertes de hierro forjado y su pesado campanario, donde se encontraba una sonería completa para la antífona del día, las oraciones, la misa, las vísperas, las completas y la salve. Por encima de la puerta de la iglesia, que se abría á la hora de los oficios, había un roseton en el centro, en el cual se movían dos agujas y cuyo cerco presentaba las doce horas esculpidas en relieve. Entre la puerta y el roseton, aparecía sobre una tarjeta de latón una máxima relativa al empleo de cada instante del día, tal como lo había referido Escolástica. Maese Zacarías había arreglado esa sucesión de leyendas con solicitud cristiana: las horas de la oración, del trabajo, de las comidas, del recreo y del reposo se sucedían con arreglo á la disciplina religiosa y debían infaliblemente salvar al que hubiese observado escrupulosamente sus preceptos.

Maese Zacarías, ébrio de gozo, iba á apoderarse del reloj, cuando prorrumpieron detrás de él en una espantosa carcajada.

Se volvió y á la luz de una lámpara fuliginosa reconoció al vejete de Ginebra.

—¡Vos aquí!—esclamó.

Geranda tuvo miedo y estrechó á Auberto.

—Buenos días, maese Zacarías,—dijo el monstruo.

—¿Quién sois?

—El señor Pittonaccio, para servirlos. Habeis venido á darme vuestra hija. Os habeis acordado de mis palabras: Geranda no se casará con Auberto.

El joven obrero se arrojó sobre Pittonaccio que se le escapó como una sombra.

—¡Detente, Auberto!—dijo maese Zacarías.

—Buenas noches—repuso Pittonaccio desapareciendo.

—Padre mio—esclamó Geranda—huyamos de estos sitios malditos... Padre mio...

Maese Zacarías ya no estaba allí. Perseguía por los desmantelados pisos el fantasma de Pittonaccio. Escolástica, Auberto y Geranda se quedaron anonadados en aquella sala inmensa. La joven se había caído sobre un sillón de piedra; la vieja criada se arrojó cerca de ella y oró. Auberto permaneció de pie cuidando á su amada. Por la sombra serpenteaban pálidas claridades y el silencio no era interrumpido mas que por los insectos que roen las maderas, y cuyo ruido marca los tiempos del reloj de la muerte.

A los primeros albos del día, se aventuraron por las interminables escaleras que circulaban entre aquel montón de piedras. Durante dos horas anduvieron sin encontrar alma viviente, no oyendo más que un eco lejano que respondía á sus gritos. Unas veces se hallaban á cien pies bajo la tierra, y otras dominaban desde lo alto de aquellas silvestres montañas.

Trájeles la casualidad por último á la estensa sala que los había abrigado durante aquella noche de angustias. Ya no estaba vacía. Maese Zacarías y Pittonaccio hablaban juntos, el uno de pie y rígido como un cadáver, el otro acurrucado sobre una mesa de mármol.

Cuando maese Zacarías vió á Geranda, la tomó de la mano y la llevó ante Pittonaccio, diciendo:

—¡Ahí tienes á tu amo y señor, hija mía! Geranda, ese es tu esposo.

Geranda se estremeció de pies á cabeza.

—¡Jamás!—esclamó Auberto—porque es mi prometida.

—¡Jamás!—respondió Geranda como con eco plañidero.

Pittonaccio se echó á reír.

—¿Queréis entonces mi muerte?—esclamó el anciano.—Ahí en ese reloj, el único que sigue andando de cuantos he construido, ahí está encerrada mi vida, y ese hombre me ha dicho: «Cuando posea á tu hija, ese reloj te pertenecerá.» Y ese hombre no quiere darle cuerda! ¡Puede romperlo y arrojarme á la nada! ¡Ah! ¡Hija mía! Entonces ya no me amas!

—¡Padre mio!—murmuró Geranda recobrando los sentidos.

—¡Si supieras cuanto he sufrido lejos de ese principio de mi existencia! ¡Quizá no cuidaba nadie ese reloj! ¡Quizá dejaban que sus muelles se gastasen y sus ruedas se entorpeciesen! Pero ahora, con mis propias manos voy á sostener esa salud tan querida, porque no debo morir, yo, el gran relojero de Ginebra. Mira, hija mía, como marchan esas agujas con seguro movimiento. Atiende, ahora van á dar las cinco. Escucha bien, y repara en la hermosa máxima que va á ofrecerse á tu vista.

Dieron las cinco en el reloj con un sonido que se repercutió dolorosamente en el alma de Geranda, y aparecieron estas palabras en letras encarnadas:

Es menester comer la fruta del árbol de la ciencia.

Auberto y Geranda se miraron estupefactos. No eran ya las divisas ortodoxas del relojero católico. El soplo de Satanás había pasado por allí; pero maese Zacarías no reparaba en ello y repuso:

—¿Entiendes, Geranda mía? ¡Estoy vivo, vivo todavía! Escucha mi respiración. Mira como la sangre circula en mis venas. No; tú no querrás matar á tu padre y aceptarás por esposo á ese hombre á fin de que yo sea inmortal y alcance el poderío de Dios!

Al oír tan impías palabras, la vieja Escolástica se santiguó y Pittonaccio lanzó un rugido de alegría.

—¡Y despues, Geranda, serás feliz con él! Mira á ese hombre, es el tiempo! ¡Tu existencia marchará con precision absoluta! Geranda, puesto que te he dado la vida, concédela también á tu padre.

—Geranda—murmuró Auberto—soy tu prometido.

—¡Es mi padre!—respondió Geranda cayendo desfallecida.

—¡Es tuya!—dijo maese Zacarías.—Ahora, Pittonaccio te toca cumplir la promesa.

—Ahí está la llave del reloj—respondió el horrible personaje.

Maese Zacarías se apoderó de la llave que se pa-

recia á una enlebra desenvuelta y corrió hacia el reloj, al que dió cuerda con fantástica rapidez. El rechinar del muelle hacia daño á los nervios. El anciano relojero daba vueltas sin cesar no deteniendo el brazo, como si este movimiento de rotación fuera independiente de su voluntad. Estuvo así manobrando con creciente celeridad y con extrañas contorsiones hasta que cayó de cansancio.

—Ya tiene cuerda para un siglo—esclamó.

Auberto salió de la sala como un loco. Despues de largos rodeos, encontró la salida de aquella mansión maldita y se lanzó por la campiña. Regresó á la ermita de Nuestra Señora del Sex, y habló al santo varón con palabras tan desesperadas que éste consintió en acompañarle al castillo de Andernatt.

Si durante aquellas horas de angustia Geranda no había llorado, era porque las lágrimas se habían agotado en sus ojos.

Maese Zacarías no había abandonado la inmensa sala. Se acercaba á cada minuto para escuchar los latidos regulares del viejo reloj.

Entre tanto dieron las seis, y con espanto de Escolástica aparecieron estas palabras en el reloj.

El hombre puede llegar á ser el igual de Dios.

No solamente el anciano no extrañaba estas máximas impías sino que las leía con delirio, complaciéndose con estas ideas de orgullo, mientras que Pittonaccio giraba alrededor de él.

El acta matrimonial debía firmarse á las doce de la noche, Geranda, casi inanimada, no veía ni oía nada. El silencio no era interrumpido más que por las palabras del anciano y las risotadas de Pittonaccio.

Dieron las once. Maese Zacarías se estremeció y con sonora voz leyó esta blasfemia.

El hombre debe ser el esclavo de la ciencia y por ella sacrificar á sus padres y familia.

—Sí—esclamó—no hay más que la ciencia en este mundo.

Las agujas serpenteaban en aquella muestra de hierro con silbidos de vívora y el movimiento del reloj latía con precipitados golpes.

Maese Zacarías ya no hablaba. Había caído á tierra, acometido del ronquido de la muerte y de su oprimido pecho no salían más que estas palabras entrecortadas:

—¡La vida, la ciencia!

Esta escena tenía entonces otros dos testigos, el ermitaño y Auberto. Maese Zacarías estaba tendido en el suelo. Geranda, al lado de él, mas muerta que viva, oraba...

De pronto se oyó el ruido seco que procede al toque de la hora.

Maese Zacarías se incorporó.

—¡Las doce!—esclamó.

El ermitaño tendió la mano hacía el viejo reloj... y las doce no dieron.

Maese Zacarías lanzó entonces un grito que debió oírse en el infierno, cuando aparecieron estas palabras:

El que intente hacerse el igual de Dios será condenado por toda la eternidad.

El viejo reloj estalló con un ruido de trueno, y el muelle, escapándose, saltó al través de la sala con mil contorsiones fantásticas. El anciano se levantó corrió detrás del muelle, tratando en vano de cogerlo, y exclamó.

—¡Mi alma! ¡Mi alma!

El muelle estaba delante de él por uno y otro lado sin que consiguiese a canzarlo.

Por último, Pittonaccio le cogió, y profiriendo una horrible blasfemia, se hundió en la tierra.

Maese Zacarías cayó hacia atrás. Estaba muerto.

El cuerpo del relojero se enterró en los picos de Andernatt. Después Auberto y Geranda volvieron á Ginebra, y durante los largos años que Dios les concedió, se esforzaron en redimir por la oración el alma del réprobo de la ciencia.

FIN DE MAESE ZACARIAS.

OBRAS COMPLETAS DE JULIO VERNE

ILUSTRADAS CON GRABADOS

Ultima publicada: EL CAMINO DE FRANCIA, cuaderno segundo.

VAN PUBLICADAS

	Ptas. Cts.		Ptas. Cts.
Los Ingleses en el Polo Norte.....	" 75	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (1. ^a parte.).....	1 25
El Desierto de Hielo.....	1 "	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (2. ^a parte.).....	1 25
Cinco Semanas en Globo. (1. ^a parte.).....	1 "	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (3. ^a parte.).....	1 25
Cinco Semanas en Globo. (2. ^a parte.).....	1 "	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (4. ^a parte.).....	1 25
Viaje al Centro de la Tierra.....	1 "	La Casa de Vapor. (1. ^a parte.).....	1 "
Los Hijos del Capitán Grant en la América del Sur.....	75	La Casa de Vapor. (2. ^a parte.).....	1 "
Los Hijos del Capitán Grant en la Australia.....	1 "	La Casa de Vapor. (3. ^a parte.).....	1 "
Los Hijos del Capitán Grant en el Océano Pacífico.....	1 "	La Casa de Vapor. (4. ^a parte.).....	1 "
De la Tierra á la Luna.....	" 75	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (1. ^a parte.).....	1
Alrededor de la Luna. (2. ^a parte De la Tierra á la Luna.).....	1 25	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (2. ^a parte.).....	1
Un Descubrimiento Prodigioso.....	" 50	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (3. ^a parte.).....	1
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (1. ^a parte: Del Atlántico al Pacífico.).....	1 "	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (4. ^a parte.).....	1
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (2. ^a parte: Del Pacífico al Atlántico.).....	1 25	La Jangada. (1. ^a parte.).....	1 "
Una Ciudad Flotante.....	" 75	La Jangada. (2. ^a parte.).....	1 "
De Glasgow á Charleston.....	" 50	La Jangada. (3. ^a parte.).....	1 "
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el África Austral.....	1 "	La Jangada. (4. ^a parte.).....	" 75
Un capricho del Doctor Ox.....	" 75	Diez Horas de Caza.....	" 75
La Vuelta al Mundo en Ochenta días. (1. ^a parte.)..	1 "	El Rayo Verde. (1. ^a parte.).....	1 "
La Vuelta al Mundo en Ochenta días. (2. ^a parte.)..	1 "	El Rayo Verde. (2. ^a parte.).....	1 "
Una Invernada entre los Hielos. (El Capitán Cornbutte.).....	" 50	Escuela de los Robinsones. (1. ^a parte.).....	1 "
Maese Zacarias.—Un Drama en los Aires.—Estas dos novelitas encuadradas bajo una cubierta.....	" 50	Escuela de los Robinsones. (2. ^a parte.).....	1 "
La Isla Misteriosa. (1. ^a parte: Los Naufragos del Aire.).....	1 25	Kerabán el Testarudo. (1. ^a parte.).....	1 "
La Isla Misteriosa. (2. ^a parte: El Abandonado.).....	1 25	Kerabán el Testarudo. (2. ^a parte.).....	1 "
La Isla Misteriosa. (3. ^a parte: El Secreto de la Isla.).....	1 25	Kerabán el Testarudo. (3. ^a parte.).....	1 "
El Chancellor.....	1 "	Kerabán el Testarudo. (4. ^a parte.).....	1 "
Martín Paz.....	" 50	El Archipiélago de Fuego. (1. ^a parte.).....	1 "
El País de las Pielas. (1. ^a parte.).....	1 25	El Archipiélago de Fuego. (2. ^a parte.).....	1 "
El País de las Pielas. (2. ^a parte.).....	1 25	La Estrella del Sur. (1. ^a parte.).....	1 "
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros.....	1 "	La Estrella del Sur. (2. ^a parte.).....	1 "
Miguel Strogoff. (1. ^a parte.).....	1 25	Matías Sandorf. (1. ^a parte.).....	1 "
Miguel Strogoff. (2. ^a parte.).....	1 25	Matías Sandorf. (2. ^a parte.).....	1 "
Las Indias Negras.....	1 25	Matías Sandorf. (3. ^a parte.).....	1 "
Héctor Servadac. (1. ^a parte.).....	1 25	Matías Sandorf. (4. ^a parte.).....	1 "
Héctor Servadac. (2. ^a parte.).....	1 25	Matías Sandorf. (5. ^a parte.).....	1 "
Un Capitán de Quince Años. (1. ^a parte.).....	1 25	Robur el Conquistador. (1. ^a parte.).....	1 "
Un Capitán de Quince Años. (2. ^a parte.).....	1 25	Robur el Conquistador. (2. ^a parte.).....	1 "
Los Descubrimientos del Globo. (1. ^a parte.).....	1 25	Un Billete de Lotería. (1. ^a parte.).....	1 "
Los Descubrimientos del Globo. (2. ^a parte.).....	1 25	Un Billete de Lotería. (2. ^a parte.).....	1 "
Los Descubrimientos del Globo. (3. ^a parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 1. ^o).....	1 "
Los Descubrimientos del Globo. (4. ^a parte.).....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 2. ^o).....	1 "
Los Quinientos Millones de la Princesa.....	1 25	Norte contra Sur (cuaderno 3. ^o).....	1 "
Los Amotinados de la Bounty.—Un Drama en Méjico.—Estas dos novelitas, bajo cubierta.....	" 50	Norte contra Sur (cuaderno 4. ^o).....	1 "
Las Tribulaciones de un chino en China.....	1 25	El naufragio del Cynthia (cuaderno 1. ^o).....	1 "
		El naufragio del Cynthia (cuaderno 2. ^o).....	1 "
		El camino de Francia (cuaderno 1. ^o).....	1 "
		El camino de Francia (cuaderno 2. ^o).....	1 "

El Editor ha adquirido el derecho exclusivo de dar á luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.—Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Tiempo hacia que se venia careciendo de una edición de esta obra inmortal, que á la belleza de su impresión, ilustración y baratura, reuniese las *notas históricas, críticas y gramaticales* de la Academia Española, Pellicer, Arrieta, Clemencin, Hartzenbusch, Cuesta, Janer, etc.; y esta que ofrecemos al público, no solamente las tiene, sino que también lleva la VIDA DE CERVANTES, y el BUSCAPIÉ, anotado por el distinguido literato D. Adolfo de Castro.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA es el libro más popular en España, y puede afirmarse que su fama no es menor en el extranjero, donde se halla traducido á todos los idiomas. El QUIJOTE es una obra que todo el mundo debe tener en su biblioteca y que hay que aprender casi de memoria.

En suma: es la edición más completa que ha salido, reuniendo á esto la baratura: pues, formando **un tomo en 4.º**, mayor de **542 páginas con 300 grabados** intercalados en el texto y *láminas sueltas*, impreso en buen papel y con el retrato de Cervantes en acero, sólo cuesta en Madrid, encuadernado en rústica, con una bonita cubierta, **seis pesetas**, y en tela con una bonita plancha, **7,50**.

Dirigir los pedidos á D. Agustín Jubera, calle de Campomanes, núm. 10, almacén de libros